

# “Co-nspiración” Eclesial para la Regeneración de África”

Principios y estructura de Gobierno en el proyecto misionero de Comboni

Joaquim José Valente da Cruz MCCJ

Hablar de principios y estructuras de gobierno en una comunidad eclesial que tiene un origen y un destino trascendente, y al mismo tiempo miembros y medios humanos, no ha sido nunca tarea fácil ni ha estado libre de tensiones en la bimilenaria historia del cristianismo. Los continuos cambios políticos, económicos, sociales y culturales han exigido o pedido en continuación encontrar formas de presencia proféticamente significativa y manifestaciones históricas originalmente eficaces. La velocidad y la radicalidad de tales mutaciones, en particular tras la Revolución Francesa, exigen ulteriormente a las pequeñas comunidades cristianas y a la Iglesia universal, respuestas siempre nuevas, con la responsabilidad, siempre más ambiciosa, de intentar comprender y salvaguardar mejor lo que es esencial a su identidad.

Tras los muchos términos eclesiales cargados de significado que, ya sea originalmente, ya sea llevados a la nueva vida, confieren a los textos del Vaticano II de una extraordinaria densidad teológica, encontramos en ellos uno particularmente interesante para nuestra reflexión, el de la “conspiración”.

Usado seis veces en cuatro documentos conciliares diferentes, todos finalizados y aprobados en el 1965, el término viene traducido al italiano como “concordancia”, “colaboración”, “participación”, “unión y unión de fuerza”. Las distintas acepciones de la traducción están indicando la riqueza del concepto en sí, por una parte, y la dificultad de encontrar un lema italiano con un valor semántico de densidad equivalente.

“**Conspiratio**” alude etimológicamente a respirar (**spiratio**) junto al (con-) de un grupo humano, denota la evidente cercanía y, alegóricamente, la tácita o explícita solidaridad.

En un contexto teológico, como el de la reflexión conciliar, se añade acudiendo a una antiquísima tradición cristiana, la connotación de una comunión en el Espíritu, solidariamente recibido (inspirado) y transmitido (expirado) en las distintas formas de comunión espiritual de la Iglesia (**conspiratio ecclesiae**).

El concilio indica también dos tipologías de relación entre cristianos que constituyen otros muchos lugares eclesiales para la realización de tal “conspiración”:

- Una describe relaciones intraeclesiales, “entre iguales”: **conspiratio universi populi Dei, superiorum maiorum ed episcoporum**
- La otra expresa relaciones intraeclesiales jerárquicas: **conspiratio antistitum et fidelium, superiorum et sodalium**, y entre obispos encargados de oficios interdiocesanos y los otros obispos.

Particularmente significativo para nuestro estudio es el hecho de que el concepto de conspiración reaparece brevemente a mitad del s. XIX, antes de encontrar nueva fuerza en las reflexiones conciliares del s. XX.

La presencia de la fórmula *“antistitum et fidelium conspiratio”* en la bula papal Ineffabilis Deus del 8 de diciembre de 1854 habría quizá pasado inobservada, si en el 1859 J.H. Newman (1801-1890) no hubiera llevado a la luz la esencialidad y la urgencia eclesial en el fragmento anónimo publicado: On consulting the Faithful in Matters of Doctrine. En palabras simples explicaba: “Conspiratio: the two, the Church teaching and the Church taught, are put together, as one twofold testimony, illustrating each other, and never to be divided”.

Hemos querido dar a nuestra reflexión exactamente el título de “Conspiración” Eclesial para la Regeneración de África, porque reconocemos en Comboni, y en la forma de gobierno eclesial propuesta por él, sea la herencia de aquella tradición eclesiológica, que en el 800 se abrió al protagonismo de todos en la iglesia, sea el desarrollo y la concretización en la Obra de la Regeneración de África, en las destacadas tipologías de la *conspiratio ecclesiae*.

Herederos del espíritu de Comboni nosotros hemos conservado y desarrollado en nuestra forma de hacer y de decir comboniana, la expresión col-laboración y co-operación, que subrayan ese “hacer juntos”, que reconocen como uno de los pilares del pensamiento y del Plan comboniano. Nos parece sin embargo, que justo en el contexto de una reflexión sobre principios y estructuras de gobierno, la expresión cons-pirar, en su dimensión social y pneumatológica, nos puede ayudar a profundizar en el patrimonio de pensamiento de nuestro santo fundador. De hecho, en el “Cenáculo de los Apóstoles”, el estar juntos y el comunicarse los unos a los otros el Espíritu, dado a todos, es el lugar constitutivo imprescindible de un “hacer juntos”, y va más allá de los angostos horizontes de realización meramente humana. La cons-piración se transforma en la condición, para que la Obra Comboniana sea verdaderamente Obra de Dios.

En relación a la oportunidad de hacer, justo en nuestros días, una reflexión sobre esta dimensión de la Obra Comboniana, estamos de acuerdo con P.D.Murray que recientemente insiste sobre la relevancia kerigmática de las estructuras de gobierno aparentemente al margen del mensaje de la Iglesia:

*“La vida, las prácticas y la estructura de la Iglesia son la primera afirmación que la Iglesia hace al mundo, antes de cualquier iniciativa o acción específica”*

## **1. Contexto histórico**

Hemos tenido la oportunidad de contribuir en otras reflexiones al estudio del conocimiento del ambiente político-social y teológico eclesial en el cual nació y tuvo su primer desarrollo la Obra Comboniana. En esta sede visitaremos en forma muy sintética los rasgos generales de tales contextos en el breve periodo histórico que va desde la formulación del Plan para la Regeneración de África (1864) al día de la muerte de Comboni (1881). Buscaremos elementos relevantes que conciernan al argumento que esta al centro de nuestra reflexión: los principios y las estructuras de gobierno de la sociedad civil y eclesial y las teorías políticas y eclesiológicas subyacentes.

### **1.1. La fatiga del afirmarse de un nuevo orden social**

El gobierno popular, ejercitado con cualquier voluntad o forma de representación, tiene raíces históricas muy profundas en el creciente deseo de libertad y de participación de los pueblos en la gestión de lo público y en el progresivo desarrollo de las teorías políticas. A través de los

siglos estas últimas vienen acompañadas de varios tentativos de formas de gobierno, que buscan traducir en realidad las teorías existentes y a la vez permiten ulteriores desarrollos.

La República Popular de Florencia (1494-1512), la Commonwealth of England (1649-53 y 1659-60) durante el inter reino republicano y finalmente las muchas y diversas formas de gobierno en la época que va de la Revolución Francesa a la Primavera de los Pueblos (1789-1848) constituirán algunos tras los más creativos laboratorios de maduración de las teorías políticas. Savonarola, Machiavelli, Guicciardini, Hobbes, Nedham, Locke, Montesquieu, Rousseau, Smith, Kant, Constant y Stuart Mill, entre otros, perfeccionaron sus teorías sobre la constitución y sobre el gobierno del estado propio gracias a estos momentos de cambio. El patrimonio de cultura política que todavía hoy caracteriza nuestra sociedad europea es en gran parte deudora de las nociones maduras en estos siglos.

En el largo S.XIX, que surge prematuro en el 1789 para terminar en el 1914, los dos decenios que aquí nos interesan marcan los últimos momentos de la larga y difícil transición al nuevo orden social de los estados (monarquías o repúblicas) constitucionales, conclusiones finales de las ideologías liberales.

Los años 60, aunque no estuvieran condicionados por las radicales revoluciones de la primera mitad del siglo, son todavía teatro de una serie de cambios político-sociales, que condujeron directamente a distintas guerras:

- En Italia tales cambios incluyen la proclamación del Reino de Italia (17 de marzo 1861), la decisión de trasladar la capital de Turín a Florencia (convención del 15 de septiembre 1865), la tercera guerra de Independencia (20 junio-12 agosto 1866) y la consecuente integración del Veneto, y culminó con la toma de Roma (20 septiembre 1870).
  
- En el norte, la guerra austro-prusiana (1866)- que no solo compromete a los principales contrincantes sino a sus aliados respectivos, un total de 26 estados soberanos, señala el fin de la Confederación Germánica, guiada por Austria, y el inicio de la Confederación Germánica del norte, con 23 estados guiados por Prusia. Cuando después esta vasta potencia nueva entra en conflicto con Francia, en la llamada guerra franco-prusiana (1870-71), otros tres estados se asocian a la Confederación que, después de la guerra, con un aire constitucional renovado, se convertirá en el Imperio Germánico. También Austria, después de graves pérdidas de aliados del norte y del Veneto al sur, ha tenido que revisar los equilibrios internos de los pueblos que la constituían, descentralizando los poderes del estado en una forma de gobierno más cercana a los ideales liberales. Nació así la doble monarquía del Imperio Austro-Húngaro (1867).
  
- En Francia inicia desde el 1860 un movimiento de revisión constitucional que culminará con la reforma constitucional del 1875, con la que se delinea una participación más directa de los cuerpos del estado de gobierno de esta monarquía constitucional, guiada por el emperador Napoleón III. La guerra franco-prusiana tendrá fuertes repercusiones también en Francia, que por tercera vez se convertirá en República.

- El Imperio Otomano, al que pertenece todavía aunque solo formalmente, Egipto y su dominio sudanés (en fuerte expansión en los años '60 y '70), está en evidente decadencia y durante todo el ochocientos asiste a una sucesión de pérdidas de soberanía sobre grandes territorios que se independizan (Grecia en el 1821, Serbia, Montenegro, Valaquia-Moldavia en el 1875) o entran en la esfera de influencia de otra potencia (Argelia que pasa a Francia en el 1830, Bosnia Herzegovina pasa a Austria en 1878), o se transforman en autónomos (virreinato de Egipto en 1805 , principado de Serbia en 1815, principado de Bulgaria en 1878).

La progresiva industrialización pone en marcha la primera fase de la urbanización del mundo moderno: “en muchos casos esta urbanización ha sido desordenada y se ha asemejado más a una amalgama humana que a una urbanización estructuralmente desarrollada”. Los progresos económicos del nuevo orden liberal crean y distribuyen riqueza, pero enseguida resulta evidente que se genera también mucha desigualdad social: a los muchos nuevos ricos se asocia una multitud de empobrecidos, marginados de los progresos culturales, industriales y económicos.

El nuevo orden social de repúblicas y monarquías con gobiernos constitucionales y con parlamentos representativos, de los años 70, está constituido por ciudadanos más instruidos y comprometidos en las cuestiones y decisiones políticas, por personas libres de tomar en sus manos la construcción de su propio futuro, pero las condiciones laborales y económicas ponen en evidencia gravemente el protagonismo y las libertades sociales adquiridas en las revoluciones y en los movimientos de transformación liberal.

### 1.2. Hacia un vivir eclesial copartícipe

*“En el setecientos los fieles parecían empeñados en mantenerse cristianos recogidos en su ámbito privado. No se sentían comprometidos, ni se interesaban por los posibles conflictos entre estado e iglesia. Con la revolución francesa, los grandes problemas culturales, sociales e institucionales entre iglesia y estado son percibidos y vividos por los ciudadanos desde el ámbito de su misma vida privada: desaparece la sociedad al singular y entra la comunitaria que hace a todos partícipes”*

Estas palabras que introducen la reflexión de T.Goffi, sobre la espiritualidad de los laicos en el ochocientos, describen bien una de las sacudidas eclesíásticas más radicales de los últimos siglos de la historia de la Iglesia: la toma de conciencia por parte de los fieles laicos de su dignidad eclesial y de la responsabilidad resultante en el ámbito de la misión de la Iglesia.

A menudo estamos tentados a relacionar los cambios de la vida de la Iglesia del ochocientos con los desarrollos socio-políticos, cuando en realidad éstos tienen sus raíces en el mismo aliento humano que conducen a que se produzcan. En nuestro caso, podemos constatar como muchas de las decisiones del Sínodo de Pistoia, celebrado en el 1786 bajo la guía de mons. Scipión de Ricci, han expresado a nivel teológico-eclesial ideas que a nivel socio-político se expresarán irreversiblemente solo tres años después de la Revolución Francesa. Es verdad que en Pistoia se dejó sentir una influencia política cercana al galicanismo y al [giuseppinismo](#), y a la corriente teológica filojansenista; además todavía estaba presente el deseo ortodoxo de una mayor comunión entre todos en la Iglesia: como de la participación de los laicos al *munus regendi* o en la introducción del vernáculo en la liturgia. Pio VI reacciona a Pistoia con la bula *Auctorem fidei* del 28 de agosto del 1794, condenando las deliberaciones.

La casi reacción alérgica de gran parte de la jerarquía a la toma de conciencia del protagonismo laical se expresa paradigmáticamente en las palabras de mons. Fornari, nuncio en Bélgica, al cardenal L.Lambruschini:

*“estamos desgraciadamente en una época en la que todos se creen llamados al apostolado”*

Afortunadamente muchos otros consiguen apreciar el carácter providencial de una emancipación laical. Entre estos personajes se encuentra N.J.A. von Diessbach y el venerable P.B.Lanteri, que en Turín, entre finales del setecientos e inicios del ochocientos, con la fundación y la consolidación de las *Amistades Cristianas*, ponen en funcionamiento un movimiento asociacionista que, acudiendo al patrimonio espiritual y organizativo de las viejas AA, se convierte en una afirmación autoritaria de la vida y del mensaje cristiano ante el anticlericalismo y el ateísmo revolucionario. Otro será A.Rosmini que en la reflexión “de las cinco Plagas de la Santa Iglesia”, pide una más estrecha colaboración entre clero y pueblo, reivindica el sacerdocio de los fieles, asigna al laicado una participación activa en el nombramiento de obispos como un derecho inherente por voluntad divina.

A pesar de que no siempre la recepción del nuevo protagonismo laical sea entusiasta, con la asociación de laicos o mixto (participación de laicos y eclesiásticos) el laicado se vuelve más activo y su apostolado siempre más diversificado.

Es este el ambiente cultural y eclesial que favorece el surgir de las primeras asociaciones misioneras, con la Obra de la Propagación de la Fe de Lyon a la cabeza (1822).

Signo de este cambio en Verona, es la fundación del venerable P.Leonardi: *“La Evangélica Hermandad de los Sacerdotes y Laicos Spedalieri”* (1796), de cuyo seno surgirán y crecerán los protagonistas de la extraordinaria renovación eclesial veronesa de los inicios del ochocientos, entre los que destacan san G.Bertoni y el venerable don N.Mazza, cuyas obras han tenido una influencia capital en la configuración y en la espiritualidad de la Obra Comboniana.

Todavía, si por un lado los laicos y un buen número de eclesiásticos caminaban juntos hacia modelos eclesiales de responsabilidad y participación activa de todos en la iglesia, estaban aquellos que miraban con sospecha incluso el buen hacer del bajo clero, cuando esto significaba un comportamiento autónomo de quien no pertenece a los más altos rangos de la jerarquía:

*“Así por primera vez el clero inferior (que había defendido a los propios obispos ante ataques políticos) entró colectivamente a dar su opinión en una cuestión eclesial...y es muy cierto que aquella vez el clero acudió en ayuda de los obispos, pero también el adorar y el asentir es ya un juzgar y empuja a la libertad de juzgar. Por eso las subscripciones que se abrieron una vez para sostener el episcopado, fácilmente podrían una vez más renovarse para pedir algo, y otra vez para censurar el rechazo con el que los obispos habrían respondido a las peticiones que se les hacían.”*

## **2. El gobierno de la Obra de la Regeneración del África**

Cuestión central de nuestra reflexión es el gobierno de la Obra Comboniana, como ideal, propuesto y en parte vivido por Comboni y sus primeros compañeros desde el momento en el que formuló el Plan hasta el día de su muerte.

Por motivos de brevedad, partiendo del contexto de esta reflexión, prescindiremos del análisis diacrónico para pasar inmediatamente a la presentación sistemática de su propuesta eclesial. Intentaremos ilustrar esta síntesis con expresiones de experiencias significativas, que la vuelvan más concreta y expresiva.

Relacionado con lo dicho del contexto político-social y teológico-eclesial, del origen y del primer desarrollo de la Obra Comboniana, esperamos resulte evidente como esta había presentado desde el inicio claros signos de lúcida inteligencia y de profética apertura hacia las ideas y valores subyacentes a los cambios que se estaban produciendo en ciertos estratos de la sociedad de la iglesia.

La Obra que Comboni funda en Verona el primero de junio de 1867, a pesar de estar claramente enraizada en esa tradición de corresponsabilidad y cooperación entre clero y laicos, que caracterizaba las más fecundas iniciativas eclesiales de la Verona de inicios del ochocientos, representa sin embargo una novedad por la intensidad y la calidad del enlazado entre curas y laicos, entre hombres y mujeres, entre iglesia diocesana e iglesia misionera. Además aunque el texto del decreto *Magno sane perfundimur Gaudio* no lo decía, la Obra nacía comprometiendo distintos cuerpos eclesiales: los camilianos, que eran los primeros misioneros; los mazzianos, que le dieron el primer rector para el Instituto de las Misiones Africanas en Verona; las asociaciones misioneras de Colonia y de Viena, que sostenían económicamente las iniciativas misioneras; y la nueva Asociación del Buen Pastor, fundada para sostener las casas de formación en Europa.

## **2.0. Reticencias y temores iluminadores**

Cuanto original resultó para la época este complejo enlazado de elementos humanos y de sinergias eclesiales, se advierte del juicio emitido por el p. Beckx, prepósito general de los Jesuitas, que sobre la Obra Comboniana no deja de afirmar:

*“O la cosa se cae por si misma, cosa que parece probable, **estando mal fundada**, o se presentará la ocasión, sin provocarla, de hacer a monseñor (Canossa) esas declaraciones, y establecerle esos límites, que Vuestra Reverencia prudentemente me proyectaba directamente a mi, y que apruebo: por ahora me parece que la cosa caerá por si misma, y entonces seremos libres”*

De hecho, cuando en los años del 1871-72 Comboni se encontraba con la necesidad de dar al aspecto europeo de su Obra un asidero más sólido, se había dirigido a p. Beckx para pedirle una ayuda muy específica: un “padre espiritual y maestro de novicios aspirantes a la Misión del África Central”. Encontrándose sin un formador para sus institutos de Verona, él con la mediación del obispo de Verona, entendía con esto tener un padre para guiar la Obra en Verona. En agosto del 1872 las circunstancias favorecieron la colaboración y el p. Beckx podía escribir a mons. de Canossa:

*“el muy reverendo señor Comboni me ha pedido con mucha urgencia un padre de la Compañía para ser padre espiritual en Verona y maestro de novicios aspirantes a la Misión del África Central, y Vuestra Excelencia Reverendísima se ha dignado a apoyar tal demanda.*

*Más de una vez he buscado con premura entre los varios provinciales para obtener un sujeto adecuado, como tuve el honor de significar para Vuestra excelencia, pero fue inútil. Ahora la divina Providencia parece poner uno a mi disposición, y creo poder recomendarlo bajo todo tipo de respetos. Este es el p. Camillo Mearini, que después de haber sido un buen misionero y trabajador, en los últimos años era maestro de novicios en la provincia romana. Reducido a pocos interesados el noviciado romano que tras las problemáticas en Roma, había sido trasladado al Tirol, se ha tomado la decisión de reunir estos novicios con aquellos del Véneto para formar un solo noviciado. Así que el p. Mearini se queda libre. El padre provincial quería confiarle otro puesto en Roma, pero considerando la importancia de la Misión del África, y deseando yo que la Compañía contribuya en algún modo a conseguirlo, he creído justo reservarme el destino del p. Mearini, para ofrecerlo a la Obra de la Misión Africana. Si todavía el puesto esta libre y si desea aún un padre de la Compañía, ruego a Vuestra Excelencia Reverendísima o al reverendo señor Comboni que me haga un gesto y el p. Mearini será enseguida enviado”*

Recibida la respuesta de Verona, el p. Beckx envía al subsodicho p. Mearini su destino en estos términos:

*“Mientras agradezco a Vuestra Reverencia por el celo y caridad demostrados y ejercitados con satisfacción hasta ahora en el magisterio de nuestros novicios, le ofrezco un nuevo campo que cultivar, espero con buen fruto a mayor gloria de Dios. Sabrá quizá, como mons. de Canossa, obispo de Verona, esta promoviendo un seminario de jóvenes misioneros que se destinen a la cultura del África Central. La Propaganda ha confiado esta misión a monseñor Zamboni (Comboni) que ha sido nombrado prefecto apostólico. La Obra es en sí bella e importante, y siendo bien acalorada y directa, puede ser muy ventajosa para muchos. La primera necesidad era la de formar bien a los futuros misioneros, por lo tanto desde hace mucho tiempo ese monseñor obispo me estaba pidiendo premura para encontrar un padre de los nuestros que le hiciese en Verona de maestro de novicios de futuros apóstoles.*

*Yo hasta ahora, a pesar de desearlo mucho, no había podido satisfacerle. Pero cuando decidimos unir en uno solo nuestros dos noviciados, vi un gesto de la divina Providencia, y me reservé el destino de Vuestra reverencia para destinarlo a tal labor. Hecha la propuesta a mons. di Canossa, la ha acogido con tanto júbilo, satisfacción y agradecimiento que no se podía esperar más. Él protesta porque todavía las cosas están sólo al inicio: todo sin germinar; se requiere paciencia y celo sincero. Se imagina Vuestra Reverencia yendo a misión, o implantarla. Se ponga en contacto directo con monseñor, el cual estará dispuesto a recibirle inmediatamente.”*

Y así fue p. Mearini marchó hacia Verona, pero lo que se encuentra lo descompone de tal manera que le hace dirigirse por consejo al prepósito general. Este, conociendo la capacidad y la experiencia del padre, declara que entiende las “dificultades y peligros” en los que se encuentra e intenta confortarlo y animarlo a aguantar en espera de un motivo que le haga echarse atrás:

*“En respuesta a la carta queridísima de Vuestra Reverencia del pasado 26, la cual por aquello que le concierne a Vuestra Reverencia me ha consolado, viendo la buena disposición que tiene de obedecer, aún a costa de sacrificios. Sin embargo no puedo negar que estoy preocupado por la misma, acerca de las dificultades y peligros, y es por la carta que no me hago ilusiones.*

*La cuestión es un poco complicada, y no creo que sea todavía el momento de resolverla definitivamente. Me conformaré por ahora manifestándole algunas cosas, que le alegrarán y quizá también le den un poco de paz.*

*1º No es mi intención ni sacrificar a Vuestra Reverencia ni de comprometer a la Compañía.*

*2º por lo tanto no es mi intención, que uno nuestro tome sobre si mismo la dirección temporal y la administración de comunidades mal fundadas, más si son femeninas.*

*3º Monseñor obispo pidió un maestro de novicios, y nada más; monseñor Zamboni (Comboni) no habló tampoco de nada más, y esto les he prometido, cuando les ofrecí Vuestra Reverencia y nada más.*

*4º sin embargo si entonces me pareció bien no reducirnos a un ministerio que me parecía de gloria de Dios; ahora no querría que pareciese que yo busco excusas para echarnos atrás.*

*5º sin embargo si lo sustancial de las condiciones cambian (como parece que sucederá) no quiero permanecer ligado, es más pediría deshacer este vínculo que temo nos daría muchas molestias.*

*6º no creo necesario que Vuestra Reverencia provoque declaraciones demasiado explícitas de monseñor, aunque también podría darle (al menos en palabras) buenas impresiones, aunque en tal caso sería muy feo el rechazar, y si acepta, estaría vinculado.*

*7º prefiero que se aclimate, y por eso Vuestra Reverencia no debe moverse sino hacia cosas bien claras, es decir cuando realmente haya novicios. O la cosa se cae por si misma, cosa que parece probable, **estando mal fundada**, o se presentará la ocasión, sin provocarla, de hacer a monseñor esas declaraciones, y establecerle esos límites, que Vuestra Reverencia prudentemente me proyectaba directamente a mi, y que apruebo: por ahora me parece que la cosa caerá por si misma, y entonces seremos libre.*

*Estas ideas espero que puedan ayudar y guiar bastante a Vuestra Reverencia la línea a seguir, sin disgustar a monseñor ni desgastarse demasiado. Mientras tanto si la cosa fuera hacia delante yo tendría todo el derecho de dar a Vuestra Reverencia otro destino.*

Cuando en diciembre del mismo año p.Cossali, padre maestro del noviciado unificado de las provincias romana y veneta, enferma, p.Beckx reconoce que la única salida, excusándose con mons. de Canossa, es retirar al padre:

*“La proximidad de las Santas Fiestas natalicias me invitan a desearle mucha paz a Vuestra Excelencia Reverendísima, junto a un feliz año que esta por comenzar, y lo hago de todo corazón.*

*A la vez debo manifestarle un imprevisto acerca del p. Mearini. Después de la unión del noviciado de Roma a aquel de Venecia, p. Mearini estaba libre, y yo se lo ofrecí para este trabajo. Desde aquel momento él esperaba ser llamado para comenzar dicha labor: y parece que la divina Providencia ha hecho retrasar al máximo tal llamada, porque quería encargarle otro empeño. El padre provincial de*

*la región Veneta me escribió que el maestro de novicios, al haber enfermado, y no habiendo otro para sustituirle se ha visto en la necesidad de llamar al p. Mearini, y me pide su aprobación. Viendo la necesidad urgentísima, no puedo menos que estar de acuerdo con esta demanda, y deseo que Vuestra Excelencia Reverendísima no desaprobará esto, por las circunstancias.”*

En la misma ocasión escribía al p. Mearini:

*“mientras, como consecuencia de su querida carta del 10, estaba yo escribiendo a monseñor obispo de Verona para ver el modo de quitar a Vuestra Reverencia de la incertidumbre, y eximirlo si se puede, de este compromiso, me ha llegado la carta del reverendo padre provincial, la cual me ha dado una óptima ocasión de hacerlo más eficazmente. Por eso he escrito hoy mismo a monseñor que estando el p. Cossali gravemente enfermo, he debido ceder a la instancia del padre provincial para retener a Vuestra Reverencia. No he hablado del futuro porque no lo creo necesario, y habría podido encastrarle las manos; lo que se tenga que hacer en el futuro lo dejaremos en manos de la divina Providencia.”*

Este episodio aparentemente insignificante, que ve la Compañía de Jesús marginalmente comprometida por un breve periodo de solo tres meses en el incipiente nacimiento de la Obra Comboniana, tiene el mérito de testimoniar el modo en el que la Obra era percibida desde el exterior. La Compañía de Jesús, a pesar de tener una vastísima experiencia de misión y de colaboración con nuevas instituciones eclesiales, se encuentra en la dificultad de acoger el nuevo modelo de obra misionera propuesta por Comboni: una Obra, es decir, donde laicos y clérigos, hombres y mujeres comparten la misma misión, y en la medida prevista de estatutos y reglas, también concretas responsabilidades en ellas.

## **2.1. Marco institucional**

En este fragmento, iluminados particularmente de la reflexión eclesiológica contemporánea sobre el gobierno de la Iglesia, partiremos de los principios esenciales sobre los que esta fundada la Obra Comboniana y que, consecuentemente, se imponen como marco constitucional dentro del cual se ha formado y desarrollado toda la Obra. Se describirán seguidamente las estructuras concretas de gobierno ideadas y realizadas dentro de los límites de tales principios, en conclusión, se delinearán los medios concebidos e implementados para favorecer su eficacia.

La reflexión eclesiológica de los últimos decenios nos ha ayudado a focalizar mejor los principios esenciales que preceden las formas concretas de gobierno en las comunidades cristianas. Así además de evidenciar en la Iglesia esa “exigencia innata de cada reagrupación humana que bajo el perfil sociológico pide una estructura social para vivir y reaccionar en el consorcio humano”, esto reconoce que en la Iglesia tal estructura no se puede resolver plenamente en una dimensión funcional, tal que en una apertura teológica, en grado de tener en consideración y expresar su especial naturaleza de comunidad con un origen y un destino trascendente. En otras palabras, si la historicidad de la Iglesia, su ser en el mundo y en el tiempo, le pide asumir una organización y un gobierno adecuado a la naturaleza humana de sus miembros y a su desarrollo histórico socio-político, esto no le impide reconocer su santidad de pueblo que proviene de Dios y que tiende a Él.

El marco constitucional de cada grupo eclesial, con sus estructuras y su gobierno, tiene consecuentemente un carácter teologal, donde la escucha, la práctica y el anuncio del evangelio se vuelven momentos imprescindibles para su autoconsciencia y realización.

En el caso de la Obra de la Regeneración del África no es difícil revisar cómo el proyecto comboniano, aun explicándose, en términos sociológicos, parte de conceptos entendidos en términos eclesiológicos.

En la primera edición crítica del Plan, el cual constituye la síntesis más articulada de la visión misionera comboniana, L. Franceschini evidencia como Comboni haya querido encuadrar aquel amplio diseño en el marco teológico que lo inspira y le da su sentido último: “La raíz de cada esfuerzo misionero está exactamente en el “espíritu de caridad de Jesucristo”, espíritu que es el propio de cada verdadero cristiano”.

Es una dimensión ya fuertemente puesta en el punto de mira en el ambiente mazziano en el cual Comboni creció y se formó:

*“el camino de obstáculos en las obras de Dios es el determinado, siempre así conocido, por la Divina Providencia, para que los hombre conozcan que es Él que obra, que no huye de ellos, y que a Él no le hace falta ni saber, ni poder; por eso esta con ellos, que Dios se ha dignado a tomarlos en sus obras, y como sus cooperadores no deben temer, cualquiera que sea el obstáculo, que a ellos se oponga”.*

Tal dimensión teologal asume en Comboni una urgencia particular, dependiendo de ella la serenidad y madurez psíquica y espiritual de los particulares, pero no el éxito de la Obra misma:

*“La vida de un hombre, que en modo absoluto y perentorio ha roto todas las relaciones con el mundo y con las cosas más queridas según la naturaleza, debe ser una vida de espíritu y de fe. El misionero que no tuviera un fuerte sentimiento de Dios y un interés vivo a su Gloria y al bien de las ánimas, faltaría de actitud a sus ministerios y terminaría por encontrarse en una especie de vacío y de intolerable desolación”*

Por esta razón no duda en exigir de todos sus seguidores la interiorización, en la contemplación del misterio de Cristo, de la fuente última de la misión:

*“(los alumnos del Instituto) se formarán (...) teniendo siempre los ojos fijos en Jesucristo, amándolo tiernamente, y procurando entender ahora mejor que cosa quiere decir un Dios muerto en cruz para la salvación de las almas”*

Principio de cada autoridad en el gobierno de la Obra es por lo tanto Dios, y cada manifestación de tal autoridad debe expresar claramente tal dependencia de Él:

*“Así como la obra que tengo entre las manos es toda de Dios, es con Dios especialmente con quien va tratada cada grande y pequeña labor de la Misión: por eso importa muchísimo que entre sus miembros domine potentemente la piedad y el espíritu de oración”.*

No podemos entrar aquí en una descripción detallada de esta dimensión teológica, que precede y funda cada autoridad y cada forma de gobierno de la Obra Comboniana. Todavía podemos sintéticamente afirmar que este fundamento trascendente se manifiesta claramente en el pensamiento de Comboni en cuatro ejes básicos, fácilmente reconocibles por quien le son familiares sus escritos: la misión es Obra de Dios, interiorizada en la contemplación del misterio de la muerte en cruz del Hijo, comunicada en la apertura y en la escucha al Espíritu, sostenida de la Providencia.

## 2.2. Estructura de gobierno

- **Primado de la comunidad (conspiratio universo populi Dei)**

El sujeto eclesial que antes se desliga del proyecto misionero comboniano es la misma iglesia, es decir la unión de todos sus miembros. Para Comboni la puesta en juego es decisiva: sin la participación de toda la Iglesia, la regeneración del África no es viable.

Esta afirmación, a pesar de ser radical, quizá no habría causado gran impresión, dadas las coherentes premisas históricas que Comboni puntualmente presenta para justificarla, incluso el modo en el cual diseña la participación de todos a esta misión despierta perplejidad, y también oposición, primero en Roma y después Lyon, París.....

Si buscamos describir la modalidad de participación en términos modernos, podemos decir que el fondo del Plan comboniano es una amplia “base democrática” eclesial. Es toda la Iglesia que, para usar el lenguaje postconciliar, debe tomar la responsabilidad de actualizar la misión y el ministerio de Cristo en la historia (sacramentalidad de la Iglesia), y lo hace en virtud del bautismo, que hace a todos sus miembros partícipes del triple *munus* de Cristo, por lo tanto también del *munus regendi* (fundamento cristológico); y porque todos en la Iglesia reciben diversos dones del Espíritu, que los hace responsables de enriquecerse espiritualmente los unos de los otros (fundamento pneumatológico).

En consecuencia la estructura de gobierno primaria es toda la comunidad de los creyentes que Comboni intentará llamar a la propia responsabilidad, respetando la especificidad y los dones de cada uno. Él mismo se reconoce depositario de un don, el Plan inspirado por Dios, que comunica a la Iglesia.

*“las grandes iniciativas que han alimentado la renovación de la Iglesia Católica y de su testimonio al mundo han tenido un origen y un desarrollo acentuadamente carismático.”*

Esta afirmación de G. Alberigo nos indica el modo en el que Dios guía su iglesia en su caminar a través del tiempo, para que ella y su testimonio puedan conservar su frescura y su ser incisivo en cada tiempo: transmite la presencia y los dones del Espíritu de Dios.

Este *modus operandi* de Dios asume una particular visibilidad en el vivir de Comboni y en la cristalización de su Obra. Es verdad que toda su vida esta señalada por una particular atención a los “nuevos movimientos del Espíritu de Dios”, sea cuando se expresa en las palabras de un padre espiritual o de un amigo, sea en las indicaciones de un superior o del romano pontífice, en los sufrimientos o en los consuelos de su vida.

Todavía la experiencia carismática del 15 de septiembre de 1864, que él recordará toda la vida como uno de los momentos clave de su vocación y misión, es sin duda, por usar

la expresión de Alberigo, punto de origen y empuje de desarrollo de *una gran iniciativa destinada a alimentar la renovación de la Iglesia y de su testimonio*.

Solo lentamente nos damos cuenta de cuanto las intuiciones que surgieron de esa experiencia extraordinaria hayan sido influyentes en las relaciones políticas del occidente con África en general y sobre el desarrollo de la misionología de toda la iglesia; nos ha venido siempre más natural buscar los efectos prácticos en tierra de misión, quizá porque sean más fácilmente discernibles.

La estructura de autoridad y de gobierno, típicas de la Obra Comboniana, toman cuerpo justo en este contexto carismático.

El pilar operativo del Plan, verdadero manifiesto de la “utopía comboniana”, es una defensa decisiva de aquel principio de la *conspiratio ecclesiae*, que esta en la base de cada verdad eclesiológica de comunión. Tal afirmación del concurso necesario de toda la Iglesia y de todos en la iglesia en la realización de su misión, se vuelve ahora más evidente cuando Comboni niega la eficacia a las alternativas: no un solo instituto, no un solo orden religioso, no un solo poder colonial, no la unión descoordinada de todos estos.

Es verdad que a lo largo de su vida Comboni tiene la oportunidad de desarrollar o de expresar mejor uno u otro aspecto de esta visión, pero los 17 años que vive después de aquel 15 de septiembre son sin embargo el tiempo del germinar, florecer y madurar aquel fruto de las semillas ya presentes.

La estructura de gobierno de la Obra para la Regeneración del África, así como se extrae del texto Plan, podría, desde una primera aproximación, parecer jerárquica y piramidal: un comité central; institutos y congregaciones masculinas y femeninas en Europa; centros de formación, institutos técnicos, seminarios y universidades en la periferia del África; y finalmente villas y comunidades cristianas en el interior. Órganos dependientes, a cada nivel, directamente de aquellos del nivel anterior.

Leyendo más cuidadosamente el texto del Plan y viendo la concreta expresión en las primeras “comunidades combonianas”, nos damos cuenta de como en verdad la eficacia del proyecto depende, después de su fundación en Dios, de la capacidad de construir y vivir en un clima de verdadera comunión fraternal, que abraza Europa y África.

De hecho, el diseño misionero de Comboni prevé, es más presuponía como condición de posibilidad, la convergencia de instituciones y medios hacia un fin común, para desarrollarse en un modo concertado. Tal dibujo auspiciaba también la confluencia de los diversos carismas, de las mismas instituciones y su sinérgico potencial en el sistemático intercambio de intuiciones y experiencias. Al final, Comboni trazaba una estrechísima comunión (conspiración y colaboración) entre clérigos y laicos, religiosos y seculares, hombres y mujeres.

La necesidad, impostada por las circunstancias, de fundar él mismo un cuerpo de misioneros y misioneras, le ha dado la ocasión de delinear más claramente esta última dimensión eclesial de su diseño. La Obra fundada el 1º de junio de 1867 reflejaba la amplia e íntima comunión proyectada casi tres años antes: una única obra, que incluye hombres y mujeres, religiosos y seculares, clérigos y laicos.

En las primeras “comunidades combonianas” la comunión fraterna era visiblemente manifestada, además de en los horarios y las oraciones comunitarias, en la regular reflexión comunitaria, que facilitaba el conocimiento recíproco de los individuos, alimentaba el sentido de pertenencia a la Obra y enriquecía las intuiciones fundamentales con concreciones nuevas. El lema programático de Comboni sonaba: “sean sacerdotes o laicos viven juntos como hermanos en la misma vocación”. Palabras confirmadas por lo que escribe el laico August Wisniewski: “el modo como (Comboni) nos trata es excelente, y después hay un amor entre nosotros como no lo hemos experimentado nunca antes. Cuida de todo y a cada miembro de la misión viene asignado un campo de acción: sacerdotes y laicos son tratados de igual modo”.

También al respecto de sus misioneras religiosas o laicas, Comboni reitera a menudo y con palabras muy expresivas la misma dignidad de su vocación y ministerio sobre los otros miembros de la Obra: *“en el apostolado del África Central yo el primero he hecho concurrir el omnipotente ministerio de la mujer del Evangelio, y de la monja de caridad, que es el escudo, la fuerza, y la garantía del ministerio del misionero”, “las ayudas del elemento femenino, una casa de religiosas, que formase institutrices negras y misioneras indígenas, que son indispensables en una lejana y peligrosa misión”, y todavía “este (.....) es el siglo de la mujer católica, de la Providencia de Dios se sirve como de verdaderos sacerdotes, religiosos y apóstoles de la Iglesia, auxiliares de la Santa Sede, brazo del ministerio evangélico, columna de las misiones apostólicas extranjeras.”*

En nuestros días reconocemos con alegría, en nuevas formas de vida comunitaria en la Iglesia, la realización del modelo eclesial inclusivo ideado y propuesto por Comboni, mientras en su misma Obra, no solo no se ve esta evolución, sino la persistencia de divisiones generadas y consolidadas en el tiempo. También el repetido esfuerzo de ver canónicamente reconocida esa igualdad carismática original entre los miembros del instituto masculino ha quedado frustrado hasta nuestros días, no sin una consecuencia negativa para la vitalidad de la Obra Comboniana.

- **Escolástica (conspiratio superiorum)**

*“Para realizar y dirigir el nuevo Diseño vendrá establecido en una de las capitales de Europa un Comité, compuesto por hábiles y activos prelados, eclesiásticos y distintos seculares”.*

El gobierno de la Obra originalmente ideado por Comboni prevé una leadership que sea **a/ escolástico** y por lo tanto ampliamente representativa: el Comité, compuesto por fieles de todas las extracciones sociales y géneros; y **b/ dialogante** frente a todos los agentes de la misión africana, favoreciendo así la regular revisión de los juicios propios y el perfeccionamiento del proyecto.

Las sucesivas precisiones que declaran al Comité “dependiente de las S.C. de Propaganda Fidei” y “gobernado por un presidente”, no disminuyen en ningún modo el

carácter escolástico del ejercicio de la autoridad al interno de la Obra. Prueba de esto son los siete trabajos establecidos por Comboni para el Comité de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús y María para la Conversión de la Nigrizia, al interno de los cuales no se especifica ninguna preeminencia especial del presidente y se limita la influencia de Propaganda interponiendo un procurador entre el Comité y el ministerio misionero romano.

También el segundo aspecto, es decir la dimensión dialogal del gobierno de la Obra, es significativo, porque se trataba de establecer las condiciones de *conspiración* y *colaboración* entre entes autónomos.

Este es un aspecto talmente importante para Comboni que lo lleva a precisar al detalle la realización: en primer lugar sería competencia del Comité tratar y seguidamente corresponder “con los centros generales de las órdenes y congregaciones masculinas y femeninas (...) y con vicariatos y prefecturas apostólicas del África”; además se elegiría un “cuerpo de cultos y celantes misioneros (...) para tratar personalmente con los vicarios y prefectos apostólicos del África, y con los encargados de los institutos, los intereses de la nueva Sociedad.

Un grupo de responsables, llamado a ejercitar la autoridad más como servicio (*munus regendi*) que como expresión de poder (*potestas regendi*)”.

En el momento de la concretización de la visión comboniana, este ejercicio escolástico de autoridad con sus mecanismos de dialogo gritarán contra impedimentos sociales y eclesiales.

Hemos visto ya como en el 1872 los padres Beckx y Mearini se resisten a una forma de ser iglesia, donde clérigos y laicos, consagrados o no, hombres y mujeres, son llamados a *conspirar* y *colaborar* en una Obra única, asumiendo con responsabilidad común el gobierno y la administración.

También sobre las *Reglas* para el instituto misionero veronés, diseñadas por Comboni y por él presentadas a Propaganda para ser aprobadas, se hace notar la presencia de varias autoridades, el rector del instituto, el obispo de Verona, el vicario apostólico del África Central, sin que haya un claro límite entre sus funciones.

Todavía, a pesar de las dificultades en tener consenso sobre la impostación de su Obra, internamente Comboni en el trato con sus superiores de Verona, del Cairo y con su vicario general en Khartoum, cuando se encuentra en Europa, mantiene una intensa correspondencia, donde ofrece consejos y expone problemas, sea a nivel práctico sea a nivel espiritual. Además anima la correspondencia de los diferentes superiores entre ellos, para favorecer el conocimiento recíproco, pero sobre todo para estimular ese intercambio de ideas y experiencias, que deberían llevar al perfeccionamiento de la Obra.

### **c/ subsidiariedad (*conspiratio superiorum et sodalium*)**

“Informar la mente y el corazón para poder regularse por uno mismo”

Otra característica fundamental de la visión y del método de Comboni es su optimismo antropológico, que se aprecia muy bien en estas palabras suyas. Eso se reflexiona en su Plan en la responsabilidad de los miembros singulares de su Obra. Son evidentes las expresiones con las que solía manifestar su capacidad de mirar más allá de los límites y divergencias caracteriales de sus misioneros y misioneras mientras hubiera un amor y dedicación total a la misión africana. Mientras sus críticos ven en eso una falta de autoridad, una debilidad inaceptable para quien es responsable de una Obra así de vasta, sus admiradores se dan cuenta de una grandeza espiritual, afirmando que la “venganza de Comboni era solamente evangélica (perdonar), como lo ha hecho con todos sus enemigos”.

En verdad Comboni no elude la responsabilidad que el gobierno de la Obra lleva consigo, y más de una vez no duda en recordar a los suyos que es el superior, pero este hecho no le impide cultivar un dialogo atento y permanente con sus súbditos, que usará como instrumento de discernimiento.

*“cada paso, cada acción, cada cosa que tiene relación con los institutos fue siempre antes ponderada, meditada y reflexionada por mi, diligentemente consultada y discutida, y en el nombre del Señor madurada por mi resuelta y decidida.”*

Que estas palabras no hayan quedado solo en teoría, o en buenas intenciones, esto se ve, por ejemplo, en ocasión de la clausura provisional de la misión entre los nuba, cuando en octubre del 1875 hubo un conflicto que hizo temeraria la presencia de misioneros en aquel territorio:

*“Después de haber rezado fervorosamente al divino Corazón de Jesús y Nuestra Señora del S. Corazón y a todos nuestros protectores, reunió en la capilla a todos sus cuatro misioneros para escuchar sus opiniones. Ellos estaban todos decididos por el abandono provisional, y que en el caso de que se recuperase la situación, se comprometían a volver (...) eran de esta opinión también las monjas (...). La mañana del 30 de octubre tuvo lugar nuestra partida.”*

Naturalmente apenas pasado el peligro, en septiembre del 1876, la misión entre los nuba se volvió a tomar y se desarrolló. De este modo Comboni ponía en práctica una norma que había establecido para el superior de su primera comunidad africana:

*“en los asuntos de mayor consideración (el superior) pide opinión a los más experimentados y prudentes de sus hermanos, máxime cuando hubiera riesgo de tener peligrosas consecuencias”*

El término moderno que mejor describe el modo en el cual Comboni ha sabido ejercitar la autoridad en la relación sea con sus superiores sea con sus súbditos es quizá aquel de la subsidiariedad. Ésta consiste en hacer todo eso y sólo eso que es de competencia del propio oficio. Es por tanto una mezcla de toma de responsabilidad y asumir responsabilidades, un eficaz instrumento de descentralización. Comboni lo usa en

distintos niveles: en las relaciones con la curia romana, en la oferta y petición de solidaridad entre Iglesias locales e institutos misioneros, en la relación con sus misioneros y misioneras y en la relación sinérgica entre evangelizadores y evangelizados.

Así delante de la curia romana se comportará siempre en modo respetuoso y sumiso, pero no dejará de afirmar sus derechos y prerrogativas. De modo análogo, en sus relaciones con el obispo de Verona y con los superiores generales de los camilianos y de las monjas de S. José de la Aparición, dejará espacio al dialogo y a las respectivas autonomías carismáticas, pero no renunciará a su autoridad en lo que compete al vicariato apostólico a él asignado.

En este asumir hasta el fondo la responsabilidad de la autoridad sobre la misión sudanesa, corresponde también la responsabilidad de sus súbditos, comenzando por los superiores de Verona, El Cairo y las pequeñas misiones, hasta los catequistas laicos, que introducían a los catecúmenos el mensaje evangélico en las diversas lenguas del vicariato.

### **2.3. Medios para favorecer la comunión**

Además de establecer **a/** el diseño de Dios y su gradual interiorización (en la contemplación del corazón traspasado y en la apertura al Espíritu) como *principios esenciales* para un gobierno de la Obra Comboniana que haga justicia a su vocación teologal; y **b/** la fraternidad, la escolástica y la subsidiariedad como estructura para una gobernabilidad que tome conciencia de la dignidad eclesial de todos sus miembros y colaboradores, Comboni ofrece a sus seguidores **c/** algunos medios prácticos destinados a favorecer la adhesión y el progresivo refuerzo de este *munus regendi* comprendido como verdadera *conspiratio ecclesiale*.

Diremos ahora una palabra muy breve sobre algunos de ellos, sea en las relaciones al interno de las comunidades, que progresivamente se establecieron, sea en la relación entre ellos y más allá de los confines de la Obra.

#### *a/ en la vida comunitaria*

En la larga tradición de las Aa francesas, de las *Amistades Cristianas* de Turín y de la *Evangélica Hermandad* de Verona, Comboni centra la estructura de su fundación no en los individuos, y si en la comunidad teologal, en el Cenáculo de los Apóstoles. Elección que nos conduce también a su formación y experiencia de vida mazziana:

*“llegada la tarde, la noche, nosotros tenemos consejo.....se propone, se discute, se reza”*

Estas palabras, con las cuales describe a su padre la vida en la comunidad mazziana de la cual es miembro durante su primera experiencia en misión, delinean en modo muy eficaz el espíritu que más tarde intentará imprimir a su comunidad.

El primer paso es justo éste “tener consejo”, que precede a la acción concreta. En otras palabras se inicia con el formar la comunidad, con darse cuenta de la importancia del estar juntos como hermanos. Comboni insistirá:

*“Vais solos: (...) sugeriría con toda mi intención no permitir nunca que una misión permanezca con uno o dos misioneros solos”*

Pero es perfectamente consciente que no basta con el estar juntos para crear la comunidad. El mismo término de *cenáculo de los apóstoles*, que elige para identificar sus comunidades, sugiere como en último análisis el compartir de la misma misión y reunir personas de distinto carácter. Pero Comboni comprende como también humanamente sea necesario un empeño no indiferente para todos, para que la Comunidad pueda constituirse realmente.

*“Nuestros misioneros, sean sacerdotes o laicos, viven (...) dispuestos a consolarse y ayudarse mutuamente, siempre respetuosos hacia los otros misioneros del lugar, con los cuales estudian estar siempre en perfecta armonía, y también en el ejercicio del ministerio.”*

Además, como hemos ya resaltado en otros momentos, Comboni insiste sobre un ritmo regular de reflexión comunitaria, que ayude a hacer emerger una visión compartida y a formular estrategias de acción común:

*“el superior provee para que (...) cada lunes, miércoles y viernes los sacerdotes por turnos propongan un caso común para debatir referido a la moral, uno de dogmática, o canónica, o liturgia, y un tercero de controversia, teniendo de mira para este último especialmente los errores dominantes en el lugar donde existe el instituto. La propuesta elige un día antes, un lugar determinado a sus casos, para que en el día y la hora establecidas para el debate todos estén preparados para responder.”*

Es a la luz de estas convicciones que tenemos que leer la oposición de Comboni a la propuesta de todavía su vicario general Carcereri, de abrir nuevos enclaves misioneros con un solo sacerdote y un hermano. Para él, solo la comunidad fundada en una común vocación y misión, capaz de proponer, discutir y rezar junta, esta lista para llegar a ser un testimonio creíble y eficaz del Reino ante los no cristianos (“ganar influencia”).

#### **b/ además de la comunidad**

Comboni sugiere también una serie de medios para favorecer la comunión entre los límites de las pequeñas comunidades, con la finalidad de favorecer la madurez de toda la Obra y la conciencia de todos, acerca de sus progresos.

Así invita a las comunidades a compartir más allá de los límites de su propia experiencia y reflexión, permitiendo de este modo a la Obra entera crecer en la tensión entre autonomía de la comunidad y la solidaridad entre ellas.

La tarea de promover tal circulación de experiencias y reflexiones viene adjudicada al gobierno de la Obra, es decir a su Comité Central, al cual viene también sugerido el difundir el contenido con una publicación misionera.

### **3. Provocación por el momento presente**

En la exhortación apostólica *Novo Milenio Ineunte*, con la cual en el 2001 Juan Pablo II pedía a toda la iglesia abrirse con coraje al futuro, con la conciencia de los límites del pasado, el pontífice constataba: *“mucho queda todavía por hacer, para expresar mejor las potencialidades ( de los) instrumentos de la comunión, hoy particularmente necesarios”* e invitaba: *“el nuevo siglo tendrá que vernos empeñados más que nunca en valorar y desarrollar aquellos ambientes e instrumentos que según las grandes directivas del Concilio Vaticano II, sirven a asegurar y garantizar la comunión”* insistiendo en la necesidad de una *“más amplia escucha de todo el Pueblo de Dios”* y de un responsable pero sobre todo fuerte equilibrio entre institución y carisma: *“si por tanto la sabiduría jurídica, poniendo reglas precisas a la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y aleja tentaciones de arbitrio y pretextos injustificados, la espiritualidad de la comunión confiere un alma al dato institucional, con una indicación de confianza y de apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada uno de los miembros del Pueblo de Dios”*

En el Vaticano II se han arruinado también en el magisterio las prioridades en eclesiología: con el compromiso responsable de todos los creyentes en el devenir de la Iglesia. Se han creado estancias de concreción en los sínodos universales, nacionales y diocesanos, los consejos presbiterianos y pastorales, etc.

Todavía a pocos años de la clausura del Concilio, se han desarrollado en la Iglesia perplejidades y temores ante los cambios socio-culturales que siempre de forma más veloz veían transformarse los comportamientos de los individuos, instituciones y valores ético-religiosos. Así ya en el 1968 Pablo VI se sentía empujado a tomar una posición doctrinal en modo jerárquico ignorando los mecanismos escolásticos que él mismo había puesto en marcha. A esta elección, le habrían seguido otras que poco a poco debilitarán los roles de la Comisión Teológica Internacional, de los Sínodos generales, regionales, nacionales, o diocesanos, etc. Algunos canonistas han constatado como la estructura del nuevo código de Derecho Canónico (1983) no refleja la teología conciliar. Muchos en la Iglesia, teólogos y otros cristianos, han advertido que la *“dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios”* de la que hablaba Juan Pablo II, ha sido herida seriamente por la instrucción interministerial *Ecclesia de Mystero* del 1997, relegando una eclesiología en contradicción con aquella propuesta del Concilio Vaticano II. Si, por un lado la globalización hace la comunicación más fácil y eficaz, por otra ejercita una presión a veces excesiva sobre los más débiles imponiendo una cierta homogeneización alienante. En la Iglesia, los muchos viajes del papa, que está perfectamente preparado para hablar personalmente a millones de personas y a muchos pueblos, combinado con la proliferación de iniciativas pastorales y documentos pontificios y de otros ministros romanos, han contribuido al debilitamiento del debate teológico y de las iniciativas de las Iglesias locales.

Así ha madurado el actual malestar acerca del modo en el que se ejercitaba el gobierno en la Iglesia, malestar al cual han contribuido causas internas, eclesiales, y externas, culturales.

Entre las causas internas Duquoc cree poder individualizar estas: la incapacidad de cumplir las esperanzas suscitadas por el Concilio, la debilidad de los textos conciliares, la sobre abundancia de teología oficial (encíclicas y otras expresiones del magisterio papal y curial), el modo de estar presentes en los mass media y una cierta búsqueda de verdad propia de nuestro tiempo. Estos factores son cómplices de una forma de gobierno centralizada, que tiene como consecuencias el debilitamiento del rol de los obispos, la marginación de los teólogos (leídos con sospecha y difidencia), la super personalización de la autoridad y el desarrollo de la burocracia.

Entre las causas externas están el deterioro del concepto de democracia, la libre expresión y la debilidad del debate, donde la búsqueda de la verdad cede a la tentación de la opinión (más confrontación que conversación)

No es este el lugar para profundizar en esta reflexión, pero si me parece que desde el punto de vista de una eclesiología de comunión comboniana, así como hemos buscado de describirla arriba, no podemos ignorar los cientos de miles de voces de los cristianos del movimiento *Nosotros somos Iglesia* o de los 331 profesores de teología firmantes del memorándum Iglesia 2011: una llamada, pidiendo el reconocimiento de su “dignidad y responsabilidad” en la Iglesia.

A nivel de nuestra historia comboniana, encontramos sin mucha dificultad analogías con mecanismos internos y externos de pérdida de control, de una forma de leadership democrática, escolástica y subsidiaria, como aquella transmitida por Comboni.

Nuestra historia como obra misionera esta llena de dramáticas rupturas, debidas a la incapacidad de tomar en serio la fraternidad como instancia ética con validez institucional: la progresiva alienación de la corresponsabilidad de los laicos en el proyecto comboniano (1885-87); el alejamiento entre combonianos y combonianas (1898-1917); las divisiones nacionalistas (1913-23); la inercia en el ayudar a crecer las iglesias locales (1913(20)-64); el esfuerzo en el superar el carácter lombardo-veneto (1938-69) y europeo (en curso) del Instituto.

Los nuestros son días de profunda insatisfacción social y eclesial y se anuncian días de cambios radicales. Un tiempo en el que, en la sociedad, los movimientos de la Primavera Árabe, los Indignados y los Occupy together piden una democracia participativa más al servicio de los ciudadanos que a los intereses de grupos de poder económico-financiero. Una época en que muchos, en la Iglesia, tienen de nuevo más sed de verdadera comunión.

Como combonianos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos, consagrados o no, pienso que somos todos pro-vocados, llamados a reflexionar sobre la visión de Iglesia de Comboni y sobre la forma específica de gobierno por él propuesta. Quizá es esta la hora de visitar los momentos en los que nos hemos alejado de la visión y del coraje eclesial de nuestro santo fundador, de poner en evidencia las causas de tales infidelidades, de intentar coser sabiamente los parches acumulados de nuestra historia y de ponernos en camino hacia una conspiración y colaboración comboniana más auténtica.